

cio legislativo. El duque de Nemours, atento, silencioso, conservando aquella impasibilidad algo altiva que á la vez constituía su fuerza y su debilidad, no se atrevía á contar con el éxito final; queriendo prevenir los acontecimientos, ordenó al general Bedeau que formase una vanguardia hacia Saint-Cloud por la avenida de Neuilly y el bosque de Boloña. Tomadas estas precauciones, juntóse con su cuñada, con la cual entró en el palacio Borbón.

Mientras la duquesa de Orleans iba á pedir á la Cámara la consagración de sus derechos, los partidarios de la República se disponían á penetrar también en el recinto legislativo y á proclamar allí sus pretensiones. Estas pretensiones, á decir verdad, eran muy nuevas. El 22 de febrero, *La Reforma* consideraba el fracaso de la insurrección como seguro. El 23, por la noche, después de dos días de lucha, la elevación de Odilón Barrot al poder resumía aún las aspiraciones de los más exigentes. El 24 por la mañana, la abdicación del rey, aunque osadamente reclamada, no implicaba, en concepto de la mayoría, la abolición de la realeza. Sólo cerca de las once, alentadas las masas por la inercia del poder, fué aventurada la palabra *República*. Una vez pronunciada, esta palabra corrió de boca en boca. Poco antes de las doce se había reunido un gran gentío cerca de las oficinas del *Nacional*. Reunidos en una de las salas de la redacción, algunos publicistas formaron una lista de gobierno provisional. Esta lista, ya esbozada al azar algunos días antes en casa del Sr. Goudchaux, se componía de los señores Dupont de l'Eure, Francisco Arago, Marie, Garnier Pagés, Ledru-Rollin, Odilón Barrot y Marrast. Los señores Manuel Arago, Chaix, Peauger, Duméril y Sarrans se brindaron á llevarla á la Cámara. Partieron y llegaron al Palacio Borbón casi al mismo tiempo que la duquesa de Orleans. Tenían más presunción que autoridad, y su mayor probabilidad de éxito estaba en su audacia. Pero esta misma audacia se vio favorecida por la fortuna, pues apenas habían entrado en el palacio, cuando supieron que su causa acababa de reclutar un auxiliar tan precioso como Lamartine.

Durante los dos primeros días de la insurrección, Lamartine no había parecido ni en los consejos de la oposición, ni en los del poder. Aquella abstención, hasta cierto punto estaba justificada, pues Lamartine ocupaba una situación aparte y fuera de los partidos. Como la mayor parte de los literatos de su época, no había resistido á las seducciones de la política, y parecía que los recursos de su naturaleza espléndida podían reservar todos los triunfos. Una vez metido en la vida parlamentaria, se le vio pasar de las regiones ministeriales á las de la oposición, aunque incapaz de someterse á ninguna disciplina, flotando entre todos los grupos, elevándose á veces por encima de ellos gracias á su maravillosa elocuencia, demasiado orgulloso y demasiado voluble para buscar los honores, pero disgustándole que le apartaran de ellos. Atacado á menudo por *La Reforma*, desdeñado por *El Nacional*, aislado del poder, tratado por todos como uno de esos poetas que Platón arrojaba de su República, soportaba impacientemente aquella indiferencia, como si Dios no le hubiese favorecido. Y es que ignoraba que aquella independencia ante todos los partidos llegaría á ser un día el secreto de su poderío.

Tales eran sus disposiciones cuando, en la mañana del 24 de febrero, se enteró de que la insurrección crecía de hora en hora y pronto saldría triunfante. Fuese presentimiento de nuevos destinos, fuese deseo de compartir con sus colegas los peligros eventuales, Lamartine tomó cerca de las once el camino del Palacio Borbón.

A su entrada en el palacio, algunos republicanos, entre ellos Marrast y Bastide, se acercaron á él. Con una rara precisión de golpe de vista, habían adivinado que aquel personaje, dejado á un lado por la corte y por la oposición, se entregaría fácilmente á cualquiera que le deslumbrase con la perspectiva de un gran papel. Se lo llevaron á una de las secciones de la Cámara, y allí, haciéndole ver por un lado la Regencia y por otro la República, le confiaron el cuidado de decidir entre ambas. «Todas nuestras aspiraciones, dijeron, nos impulsan hacia la República; pero si creéis que es necesario aceptar la Regencia, nos adheriremos á ella, aplazando nuestras esperanzas.» Lamartine reflexionó un instante, y luego, como si la luz hubiese brotado en él, contestó: «No quiero conspirar, no quiero derribar ningún poder; pero sentado el principio de que debe operarse una revolución, prefiero la República con sus peligros, pero con sus fuerzas, á la Regencia con sus peligros no menos grandes y con sus divisiones además.» Contentos de aquella gran conquista y algo sorprendidos de que hubiese sido tan fácil, los delegados del partido republicano colmaron á Lamartine de atenciones y elogios. Convinieron que, si era necesario, éste hablaría contra la Regencia, y, sin precisar nada más, se separaron.

La República y la Regencia iban, pues, á encontrarse una enfrente de otra en el recinto del Palacio legislativo; la una contaba con el azoramiento de los partidarios de la realeza, con la elocuencia arrebataadora de Lamartine, y sobre todo con un tumulto popular; la otra confiaba en las simpatías que inspira á todo corazón generoso el espectáculo de la debilidad y la desgracia.

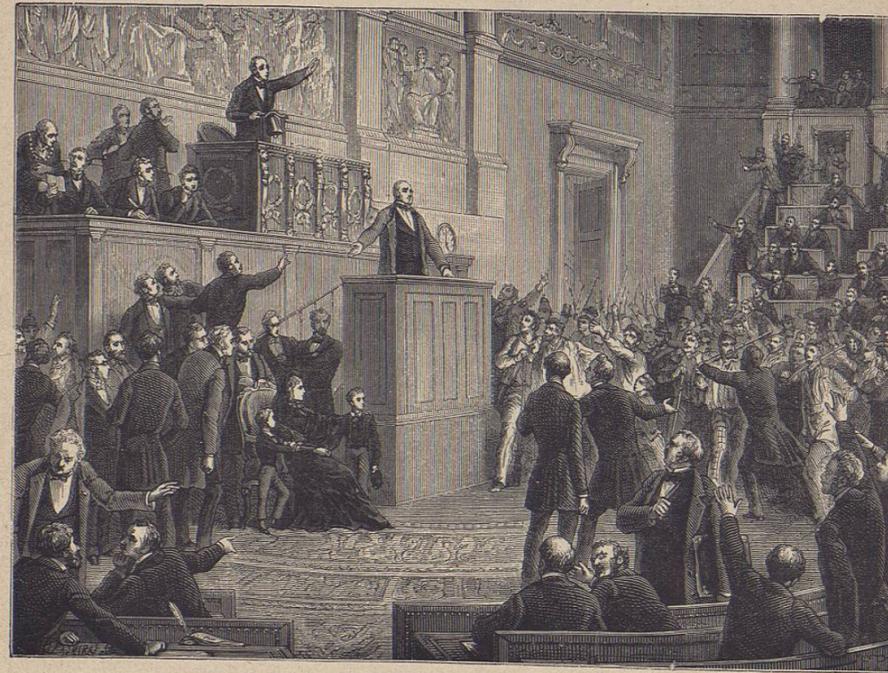
Hacia tiempo que la mayor parte de los diputados se hallaban reunidos en el Palacio Borbón, esperando noticias con ansiedad; habían visto pasar á Barrot que iba al ministerio del Interior; habían oído en lontananza el ruido del tiroteo que se acercaba cada vez más á las Tullerías, y se habían enterado de la abdicación del rey. Luego había llegado Thiers, que á todos los que se le acercaban á preguntarle se limitó á contestar con estas palabras siniestras: «¡La marea sube!, ¡la marea sube!,» y desapareció. A la una, el presidente de la Cámara se había decidido á abrir la sesión, anunciada solamente para las tres. El banco ministerial estaba vacío; los diputados, consternados, locos. Como sucede en tales casos de extremo peligro, habían pedido que la Asamblea se declarase en sesión permanente.

Hacia media hora que la sesión duraba, cuando un oficial anunció al presidente la llegada de la duquesa de Orleans. Al mismo tiempo la duquesa, vestida de luto, llevando de una mano al conde de París y de la otra al duque de Chartres, entró en el recinto legislativo. La acompañaba el duque de Nemours, y le servían de escolta algunos oficiales y guardias nacionales. A su vista, conmovióse la Asamblea, y mientras la princesa y sus hijos tomaban asiento en el hemiciclo, resonaron

numerosas aclamaciones: «¡Viva la duquesa de Orleans!, ¡viva el conde de París!, ¡viva la regente!» Por desgracia, personas ajenas á la Cámara habían invadido los pasillos, y su presencia fué claro indicio de que la voz de los facciosos sabría ahogar, si era preciso, la voz del Parlamento.

Dupín tomó la palabra: «Señores, dijo, conocéis la situación de la capital y las manifestaciones que ha habido. Han tenido por resultado la abdicación de Su

La causa de la regencia parecía casi ganada. Sin embargo, de los bancos de la izquierda y de la extrema derecha, como también de los espectadores que habían invadido los pasillos, se elevaron algunas reclamaciones. Lamartine eligió aquel momento para hacer una moción poco digna de su habitual generosidad: «Pido, dijo, que se suspenda la sesión por el doble motivo de respeto que nos inspiran, por una parte, la representación nacional, y por otra, la presencia de la augusta



La duquesa de Orleans en la Cámara de diputados

Majestad Luis Felipe, quien ha declarado al mismo tiempo que depositaba el poder y lo dejaba á libre transmisión sobre la cabeza del conde de París con la regencia de la duquesa de Orleans.» (*Vivas aclamaciones, gritos numerosos de ¡viva el rey!, ¡viva el conde de París!, ¡viva la regente!*)

«Señores, continuó el orador, vuestras aclamaciones, tan preciosas para el nuevo rey y para la señora regente, no son las únicas que la han saludado: ésta acaba de atravesar las Tullerías y la plaza de la Concordia, escoltada por el pueblo, por la guardia nacional (*¡bravo!, ¡bravo!*), manifestando el deseo que abrigo en el fondo de su corazón, de no administrar sino con los sentimientos profundos del interés público, de la grandeza y de la prosperidad de Francia.» (*Nuevos bravos y aplausos.*)

Dupín quiso hacer constar los aplausos de la Cámara. «Ínterin nos remiten el acta de abdicación, pido á la Cámara que consten en el acta de la sesión las aclamaciones que han acompañado y saludado en este recinto al conde de París como rey de Francia, y á la duquesa de Orleans como regente bajo la garantía de la voluntad nacional.»

princesa que tenemos delante.» ¿A qué sentimiento obedecía Lamartine? ¿Quería que la deliberación fuese más libre? ¿No procuraba, más bien, alejar un espectáculo propio para excitar la piedad? El presidente, por una singular inadvertencia, parecía asociarse á aquella moción capciosa. Pero el general Oudinot, que llegaba del ministerio del Interior, donde se había esforzado por reunir á la segunda legión, adivinó el lazo y tomó en seguida la palabra: «La princesa, dijo, ha cruzado las Tullerías y la plaza de la Concordia, sola, á pie, con sus hijos, en medio de públicas aclamaciones. Si desea retirarse, que se le abran las puertas, que nuestros respetos la acompañen... Si quiere quedarse en este recinto, que se quede, y hará bien, porque será protegida por nuestra lealtad.» Mientras tanto, la duquesa de Orleans había subido los peldaños del salón como para retirarse; pero al llegar á los últimos bancos del centro izquierdo, se detuvo y tomó asiento. La Asamblea le prodigó sus aclamaciones, que hubieran podido creerse decisivas si, por instantes, no hubiese aumentado el número de guardias nacionales é individuos ajenos á la Cámara.

El Sr. Marie subió á la tribuna y propuso la institu-

ción de un gobierno provisional; su principal argumento era que, habiendo el Parlamento confiado anteriormente al duque de Nemours el título eventual de regente, aquella voluntad no podía hoy ser despreciada. ¡Singular escrupulo de legalidad en un momento en que todas las leyes políticas acababan de ser quebrantadas! La Cámara permaneció muda; pero, ¡síntoma significativo!, las tribunas aplaudieron. Crémieux, que una hora antes acompañaba al rey en su huida, explanó el mismo tema, aunque pronunciando algunas palabras de simpatía por tan conmovedoras desgracias.

Durante el discurso de Marie, Odilón Barrot había entrado en el salón, y todas las miradas se habían fijado en seguida en él. El jefe de la izquierda dinástica había visto en pocas horas desvanecerse cruelmente sus ilusiones de popularidad y de poder. Después de la tentativa de conciliación cuyo mal éxito hemos referido, se había vuelto á su casa y de allí al ministerio del Interior, donde sin noticias, sin comunicaciones con palacio, rodeado de una multitud de importunos, ministro *in extremis* de la monarquía, se había consumido en una espera llena de ansiedad. Sin embargo, con aquel optimismo que constituía el fondo de su confiada naturaleza, no se había olvidado de enviar á los departamentos un despacho anunciando que el orden iba á ser restablecido. Cerca de las doce y media, devorado por la inquietud, había salido del ministerio por una puerta de escape, menos como ministro que como fugitivo, y se había ido á las Tullerías. Cerca de palacio, un coronel le anunció la abdicación y la retirada del rey; se esforzó en vano por ver á la duquesa de Orleans; volvióse al ministerio del Interior, y allí supo que la princesa se hallaba en la Asamblea; en cuanto Barrot llegó á la Cámara, varios republicanos, como E. Arago, Bastide y Clemente Thomás, trataron de atraérselo; pero él se esquivó en seguida; su espíritu era muy imprevisor, pero su corazón era incapaz de hacer traición alguna. Entró con leal valor en la Cámara, y apoyado por todos los diputados fieles, subió á la tribuna para defender los derechos de la viuda y de su hijo.

«Jamás, dijo, hemos tenido necesidad de más sangre fría y de prudencia. (*¡Es verdad!*). ¡Ojalá podamos estar todos unidos en un mismo sentimiento, el de salvar á nuestro país de una guerra civil! (*¡Muy bien!*). Las naciones no mueren, pero pueden debilitarse en disensiones intestinas, y nunca tuvo Francia más necesidad que ahora de toda su grandeza y de toda su fuerza.

»Nuestro deber está bien trazado. Afortunadamente tiene esa sencillez que impresiona á toda una nación. Se dirige á lo que hay en ella de más generoso y de más íntimo: á su valor y á su honra.

»La corona de Julio descansa sobre la cabeza de un niño y de una mujer.»

A estas elocuentes y viriles palabras, los centros contestaron con aclamaciones. La duquesa de Orleans se levantó, lo mismo que el conde de París, y saludó á la Asamblea; luego volvió á levantarse como para hablar. Algunas palabras escapadas de sus labios quizá hubieran acabado de arrastrar á la Cámara: «¡Dejad hablar á la señora duquesa!» gritaron algunas voces bien inspiradas. «Continuad,» contestaron de otros bancos. Barrot prosiguió; pero su pensamiento, al desahucarse, perdió su precisión. La impresión se debilitó;

comprendióse que el momento favorable había pasado; y cuando el ministro bajó de la tribuna, el trastorno y el abatimiento empezaron á apoderarse de los amigos de la regencia.

Sus adversarios se aprovecharon de aquella vacilación. Ya fuese por rencor, ya fuese con la esperanza de un cambio de fortuna, algunos legitimistas disimulaban mal su alegría. El Sr. de La Rochejaquelein, que durante el discurso de Odilón Barrot había manifestado varias veces su impaciencia, se hizo el intérprete de las mal saciadas cóleras de sus correligionarios.

«Señores, toca quizá á los que en el pasado sirvieron siempre á los reyes, hablar ahora del pueblo... Hoy nada sois aquí, ¡no sois ya nada!. La Cámara de diputados ya no existe como Cámara. Digo que es preciso convocar á la nación, y entonces...»

En el momento en que La Rochejaquelein pronunciaba estas duras palabras, una multitud de estudiantes, obreros y guardias nacionales invadieron el salón de sesiones. La mayor parte de ellos iban armados; algunos llevaban banderas. Ante aquella súbita invasión prodújose una agitación extraordinaria en la Asamblea: los diputados del centro refuyeron hacia los bancos superiores. Del seno de la multitud partían gritos de «¡la prescripción!, ¡la prescripción!»

El partido republicano contaba con un tumulto popular para influir en los acuerdos de la Cámara, y reemplazarla, si era preciso. A la primera partida que había penetrado en el recinto legislativo siguieron otras más temibles. He aquí de dónde venían aquellas partidas y cómo habían podido llegar al Palacio Borbón.

Después de la abdicación del rey, las tropas se replegaron en el patio del Carrousel; luego, de concesión en concesión, evacuaron las Tullerías. La guardia nacional tomó posesión de los cuerpos de guardia, pero, según su costumbre en aquellos días nefastos, únicamente tomó posesión de aquéllos para entregarlos á los facciosos. De pronto el palacio sólo fué invadido por algunos grupos aislados, gente más curiosa que hostil, y tan asombrada de entrar sin resistencia, que la sorpresa la paralizaba. Pronto llegaron otros grupos, más numerosos y más temibles. Eran los insurrectos que acababan de luchar en la plaza del Palacio Real contra el retén llamado del Château-d'Eau. Perdiendo la esperanza de rendir á los valientes soldados del 14.º de línea, que allí se defendían heroicamente, la muchedumbre, enfurecida, pegó fuego al cuerpo de guardia y así acabó aquella admirable defensa. Excitados por el combate, los insurrectos victoriosos se dirigieron hacia las Tullerías, no por curiosidad, sino con ideas de devastación. Sin embargo, en medio de aquel saqueo, algunos hicieron presente que la realeza, arrojada de las Tullerías, podía levantarse otra vez en la Cámara. Entonces se formaron las columnas que se dirigieron hacia el Palacio Borbón. ¿Cómo habían podido pasar el puente y llegar hasta allí? No es que faltasen tropas: la plaza de la Concordia y los Campos Eliseos aún estaban llenos de soldados; allí estaban estacionadas las tropas con las cuales el general Bedeau se había retirado por la mañana del bulevar. Pero no se había dado orden alguna, ni se había establecido ninguna inteligencia entre los jefes: aquella jornada fué la del universal azoramiento.

Así fué que en el mismo instante en que, por una singular coincidencia, el Sr. de La Rochejaquelein dirigió un llamamiento á la nación, la nación armada invadió el recinto legislativo. De minuto en minuto la confusión aumentaba. La tribuna parecía ya pertenecer á todo el mundo. Un orador ajeno á la Cámara, el señor Chevallier, pidió que la duquesa de Orleans y el conde de París fuesen á los bulevares, entre el pueblo y la guardia nacional. Esta extraña moción fué interrumpida por los gritos de la muchedumbre: «¡Viva la República!» Un antiguo oficial del Imperio, comandante del Hotel de Ville en 1830, M. Dumoulin, apoyó en el mármol de la tribuna el asta de una bandera tricolor: «El pueblo, dijo, ha reconquistado su libertad, el trono acaba de ser roto en las Tullerías y arrojado por la ventana.» Muchos diputados abandonaron el salón. De la muchedumbre partían los gritos de «¡no más Borbones!, ¡abajo los traidores!, ¡un gobierno provisional inmediatamente!»

En medio de la agitación general, Ledru-Rollín trató de hacerse oír. Su nombre, conocido de los insurrectos, produjo un apaciguamiento momentáneo. Habló largamente, tan largamente que se creyó que quiso dar á otras partidas de revolucionarios el tiempo de llegar. Por fin concluyó pidiendo un gobierno provisional, nombrado, no por la Cámara, sino por el pueblo.

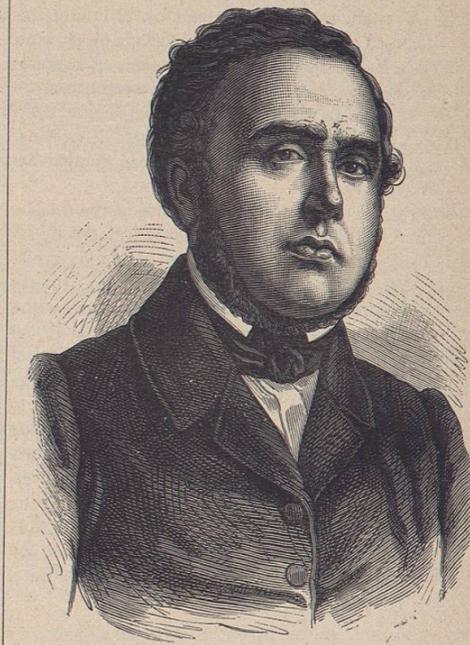
Lamartine á su vez subió á la tribuna. Los facciosos le aplaudieron como para hacerle dar un paso decisivo. A su vista, los diputados fieles que no conocían sus recientes promesas se mostraron esperanzados. La fuerza arrebatadora de su elocuencia, la suprema elegancia de su persona, la corriente de simpatía que tan bien sabía establecer entre su auditorio y él, el prestigio de su genio, prestigio tanto más grande cuanto que ninguna lucha de partido lo había debilitado aún, todo le aseguraba, en aquel solemne momento, un imperio soberano. Todos recordaban su discurso de 1842 en favor de la regencia materna; nadie dudaba que su alma poética y generosa se hubiese conmovido ante el espectáculo de aquella madre suplicante y de sus dos tiernos hijos; todos estaban persuadidos de que se complacería en levantar aquella causa ya perdida y en adquirir así una especie de gloria caballeresca al nivel de su alma magnánima. Las primeras palabras del orador no defraudaron aquellas esperanzas de los amigos de la realeza:

«Señores: comparto tan profundamente como cualquiera de vosotros el doble sentimiento que agitó hace poco este recinto en presencia de uno de los espectáculos más conmovedores que puedan presentar los anales humanos, el de una princesa augusta defendiéndose con su hijo inocente, y abandonando su palacio desierto para precipitarse en medio de la representación del pueblo.»

Esta frase, cuya elocuencia melodiosa parecía invocar el apaciguamiento, fué considerada por muchos como el prólogo de un sublime llamamiento á la piedad. La ilusión fué corta. Después de haber vacilado un instante, como si la nobleza de su corazón hubiese luchado contra sus compromisos, Lamartine continuó en estos términos:

«Si comparto esa emoción que inspira el enternecedor espectáculo de las mayores catástrofes humanas,

no he compartido menos vivamente el respeto por el pueblo glorioso que combate hace tres días para corregir á un gobierno pérfido y restablecer sobre una base, de hoy más inmóvil, el imperio del orden y el imperio de la libertad. (*Aplausos.*) El pueblo, todas las clases de la población, todos los que han derramado algunas gotas de su sangre en esta lucha, necesitan cimentar un gobierno libre, popular, sólido, en fin... (*aplausos*), un gobierno que suspenda ese equívoco terrible que existe de algunos años á esta parte entre las diferentes clases de ciudadanos, y que, impidiendo que nos reco-



Ledru-Rollín

nozcamos por un solo pueblo, nos impide amarnos y abrazarnos. (*¡Muy bien!, ¡muy bien!*)

»Pido, pues, que se constituya al momento, con el derecho de la paz pública, con el derecho de la sangre derramada, con el derecho del pueblo que puede estar hambriento después del glorioso trabajo que realiza hace tres días, pido que se constituya un gobierno provisional.» (*¡Bravo! ¡Eso es!, ¡eso es!*)

Como si se esperase esta señal, varios individuos presentaron una lista á Lamartine.

Este continuó: «El gobierno provisional tendrá por misión, primeramente establecer la paz pública, luego tomar las medidas necesarias para convocar al país entero, sí, á todo el que lleva en su título de hombre los derechos de ciudadano.»

Los aplausos estallaron en las tribunas y se prolongaron por los pasillos. Los facciosos triunfaban; los amigos de la Regencia comprendían que todo estaba perdido. Como para hacer aquel triunfo más irrevocable, llegó una nueva partida de insurrectos.

«Los poderes que se han sucedido desde hace cincuenta años...» continuó Lamartine.

Pero en el momento de empezar esta frase resonaron golpes violentos dados en la puerta de una de las tribunas públicas. Habiendo cedido la puerta á culatazos, varios hombres de blusa, mezclados con guardias nacionales, entraron gritando: «¡Abajo la Cámara! ¡No más diputados!» A aquella oleada siguieron otras. Eran los amotinados que venían de las Tullerías y que, impulsados como por una consigna, se habían presentado en la Cámara para precipitar el desenlace. El tumulto se hizo cada vez más intenso. Uno de los invasores apuntó su fusil hacia la mesa. Los gritos de «¡no tiréis!, ¡no tiréis!, ¡es Lamartine que habla!» resonaron con fuerza. A instancias de sus compañeros, el hombre levantó al fin su arma. El presidente reclamaba en vano el silencio. No pudiendo dominar el ruido, en la imposibilidad de hacer cesar aquella escena vergonzosa, levantó la sesión. Los diputados que aún había en el salón escaparon por todas las puertas. La duquesa de Orleans, sus hijos y el duque de Nemours fueron conducidos fuera del recinto.

Desde aquel momento, los insurrectos fueron dueños del salón. Guardias nacionales, obreros armados de sables y fusiles, facciosos de todo rango y de toda profesión se mezclaban y confundían, de pie en las tribunas ó sentados en los bancos de los representantes. Lo que siguió fué una mezcla de sainete y de drama. Aquel puñado de invasores se transformó en poder constituyente. El gobierno provisional que los señores Marie, Crémieux y Lamartine habían pedido, iba á nombrarlo aquel grupo popular, como si al entrar en el palacio de la Asamblea hubiese adquirido un mandato. «¡Nombres un gobierno provisional!» gritaban de todas partes. Los diputados republicanos que quedaban en la sala, casi únicos representantes, se prestaron gustosos á la comedia que se representaba á beneficio de ellos. Hicieron ocupar el sillón presidencial á Dupont de l'Eure,

débil anciano cuya reputación de integridad había de cubrir aquella extraña proclamación. Formáronse listas: el trabajo preparatorio se había hecho ya en las oficinas del *Nacional*. Las listas fueron entregadas á Lamartine, quien, sabiendo que el pueblo necesita que lo guíen, rompió unas y enmendó otras; suprimió, sobre todo, con rara presteza, el nombre de Luis Blanc, que había de encontrar empero en otra parte. Después de dos proclamaciones sucesivas, los nombres de Lamartine, Arago, Ledru-Rollin, Dupont de l'Eure y Marie fueron aceptados. Pero no lo fueron sin tumulto. Unos reclamaban la destitución de todos los diputados ausentes; otros pedían que los individuos nombrados gritasen *¡viva la república!* «¡Al Hotel de Ville, con Lamartine á la cabeza!» exclamó el actor Bocage. Dócil á la voz del actor Bocage, Lamartine, haciéndose seguir por Dupont de l'Eure y escoltado por algunos guardias nacionales, se dirigió hacia el Hotel de Ville. Ledru-Rollin quedóse en el salón. Asaltado por un escrúpulo tardío, subió de nuevo á la tribuna. Pretextando que ningún gobierno, aunque sólo fuese provisional, *podría ser nombrado á la ligera*, leyó por segunda vez la lista del nuevo gobierno, añadiendo con toda frescura los nombres de Garnier-Pagès y Crémieux. Estos nombres fueron aclamados como los demás. Hecho esto, salió y fué á reunirse con sus compañeros. Así fueron elevados al poder aquellos mismos hombres que una hora antes habían contestado, por escrúpulo de legalidad, la regencia de la duquesa de Orleans. Después de la marcha de los nuevos gobernantes, aún se presentaron desde la tribuna algunas mociones insensatas; el retrato de Luis Felipe, que se hallaba colocado detrás de la mesa, fué acribillado á balazos; sin embargo, se levantaron enérgicas protestas contra aquel acto de vandalismo. Poco á poco pasó la torrentada, y á las cinco el palacio Borbón volvía á estar desierto.

LIBRO TERCERO

EL GOBIERNO PROVISIONAL

- SUMARIO: I.—Del Palacio Borbón al Hotel de Ville: aclamaciones y murmullos; los miembros del gobierno, atravesando con dificultad la muchedumbre, logran penetrar en el palacio; sus primeras deliberaciones; constitución del ministerio, nombramiento de los grandes funcionarios; redacción de un manifiesto. Tumulto popular en el salón de San Juan, apaciguado por Lamartine. Llegada de Luis Blanc, Marrast y Flocón, elegidos, lo mismo que Albert, miembros del gobierno provisional, en un conciliábulo celebrado en la Redacción de *La Reforma*; discusión tormentosa; intervención de Garnier-Pagès; conciliación. Los nuevos miembros del gobierno: Dupont de l'Eure, Arago, Marie, Crémieux, Garnier-Pagès y Marrast representan la República *burguesa*; Ledru-Rollin y Flocón la República *jacobina*; Luis Blanc y Albert la República *social*: Lamartine sirve de lazo de unión entre todos.
- II (Extractado).—Impotencia del partido monárquico; el rey en Dreux; huida de la duquesa de Orleans. Desaliento y desorganización del ejército.—El gobierno provisional amenazado por sus propios cómplices; aspecto de París el 25 de febrero; barricadas; grupos tumultuosos; devastaciones en las cercanías de la capital; actitud ambigua del prefecto de policía.—El gobierno vacila entre la resistencia y las concesiones; creación de la guardia móvil; manifiesto al ejército; *el derecho al trabajo* reconocido.—Por la tarde las aglomeraciones populares se dirigen hacia el Hotel de Ville; aparece la bandera roja; valerosa elocuencia de Lamartine; los manifestantes se retiran; los amigos del orden se reaniman; decreto aboliendo la pena de muerte por delitos políticos.—A sabias y prudentes medidas siguen medidas funestas: creación de los *Talleres nacionales* (26 de febrero); influencia creciente de Luis Blanc; organización de la *Comisión de trabajadores* (28 de febrero).
- III.—El gobierno provisional, á pesar de sus faltas, no encuentra al principio ninguna oposición.—Adhesión de los jefes militares y de los funcionarios civiles; noble actitud del duque de Aumale y del príncipe de Joinville.—El partido religioso; sus declaraciones.—El partido legitimista.—Los amigos de la realeza de Julio.—En las masas, buena voluntad general.—En el exterior, paz casi asegurada; circular y manifiesto de Lamartine.—Extraño aspecto de la capital; clubs, periódicos, carteles, comisiones enviadas á la Casa de la Ciudad; manifestaciones de toda clase.—Generosas ilusiones de los primeros días.
- IV (Extractado).—Esta tregua de los partidos dura poco.—Los *republicanos de la víspera* más bien temen las elecciones que no las desean; se proponen aplazarlas, ó al menos ejercer presión en el cuerpo electoral; encuentran en Ledru-Rollin un órgano de sus deseos.—Circular de Ledru-Rollin á los comisarios (12 de marzo); efecto de esta circular en la opinión.—Fuerzas del partido radical. *Prefectura de policía*; papel de Caussidiere; no pudiéndolo destituir, el gobierno se decide á soportarlo; *Comisiones de trabajadores*; primeras decepciones de Luis Blanc; no pudiendo realizar su programa, atrae á la política la actividad de los obreros; *clubs*; Barbés, Blanqui, Vilain, Raspail, Cabot; el *Boletín de la República*; artículo en favor del aplazamiento de las elecciones.—La mayoría del gobierno provisional no cede á esta corriente; influencia de Lamartine: sus declaraciones.—Dos partidos en presencia uno de otro; indicios de una próxima manifestación.
- V (Extractado).—Decreto del ministerio del Interior licenciando á las compañías selectas de la guardia nacional; disgusto de estas compañías que organizan una demostración; gritos hostiles á Ledru-Rollin (16 de marzo).—Esta demostración sirve de pretexto para una manifestación contraria; noche del 16 al 17 de marzo; agitación en los clubs, en la prefectura de policía y entre los delegados del Luxemburgo; inquietudes de Lamartine y de sus colegas.—El 17 de marzo, inmensa aglomeración de gente en la plaza de la Concordia; el gentío se dirige hacia el Hotel de Ville; su llegada á la plaza; momento de ansiedad; delegados introducidos.—Lectura de una instancia pidiendo el alejamiento de las tropas y el aplazamiento de las elecciones; influencia moderadora de Cabot; irritación de los partidarios de Blanqui; alocuciones de Luis Blanc, Ledru-Rollin y Lamartine.—Los miembros del gobierno se presentan ante el pueblo; discurso de Luis Blanc; la manifestación se disuelve.—Satisfacción afectada de Lamartine y de sus amigos; nadie cree en sus testimonios de satisfacción; inquietudes de los hombres de orden.
- VI (Extractado).—*Estado general del país*; causas de dificultades de toda clase.—Hacienda.—Durante los últimos años del régimen de Julio, se miró al porvenir en previsión de una larga paz; terribles resultados de la revolución de Febrero; Goudchaux es nombrado ministro de Hacienda; su desaliento; Garnier-Pagès le sucede.—Fondos del Tesoro; todos los ingresos agotados; cargas enormes; el crédito particular sufre tanto como el del Estado; baja de los valores en Bolsa; cierre de fábricas; crisis comercial; pánico entre propietarios y rentistas.—El gobierno trata desde luego de ocultar el peligro; candidez ó impudencia de sus afirmaciones.—Afluyen los consejeros.—Medidas tomadas por el gobierno; creación de *Comptoirs d'escompte* y de *Almacenes generales*; decretos relativos á los depósitos de las cajas de ahorros y á los bonos del Tesoro; curso forzoso de los billetes del Banco de Francia.—Impuesto de los 45 céntimos.
- VII. *Estado general del país* (continuación).—A la penuria financiera se unen las inquietudes causadas por el estado de la capital.—Manifestaciones diarias; plantaciones de árboles de la libertad; amenazas contra los propietarios; irritación de los obreros; demostraciones contra ciertos periódicos (29 de marzo); carteles excitando á la insurrección; sedición en los Inválidos.
- VIII (Extractado). *Estado general del país* (continuación).—Los departamentos no se hallan menos agitados que la capital.—Ataques á las personas y á la propiedad.—Insuficiencia de los comisarios nombrados por Ledru-Rollin; verdadera anarquía administrativa.—*Imoges*: *Sociedad popular*; sus pretensiones; se teme que las elecciones sean la señal de sangrientos trastornos.—Ruán: irritación de los obreros; descontento de los patronos; los talleres nacionales proporcionan personal para las manifestaciones; faltan armas.—*Lyon*: emoción causada en esta ciudad por la revolución de Febrero; devastaciones, incendios, destrucción de máquinas.—Llegada de Manuel Arago; se persuade de que calma al pueblo con sus concesiones; extraños decretos.—Anarquía; pillaje de convoyes de armas; tentativas de soborno en la guarnición; el teniente Gigoux; el pueblo acude al penitenciario militar; el fuerte Lamothe; dominación de los *Voraces*.
- IX. *Estado general del país* (continuación).—Los refugiados extranjeros.—Comisiones enviadas al Hotel de Ville; belgas; húngaros; irlandeses; italianos; polacos; lenguaje pacífico de Lamartine.—Revolución en Milán; en Venecia; insurrecciones en Viena, en Berlín y en Munich.—Estos inesperados acontecimientos alientan las esperanzas de los refugiados.—Partidas de saboyanos pe-